

CAPITULO XV

LA ISLA DE ELBA Y LOS CIEN DÍAS

GOBIERNO DE NAPOLEÓN EN LA ISLA DE ELBA.—REGRESO DE NAPOLEÓN.—ACTA ADICIONAL.
WATERLOO.—SEGUNDA ABDICACIÓN



L congreso de Viena proseguía lentamente su laboriosa tarea. Talleyrand, aprovechándose de las rivalidades que dividían á los vencedores, había sabido agrupar en torno de Francia, «el gran descontento,» los gobiernos á quienes asustaba la descarada ambición de Rusia y Prusia. En 3 de Enero de 1815 firmó con Inglaterra, Austria y los Estados secundarios de Alemania un tratado por el cual se volvía á colocar oficialmente á Francia entre las primeras potencias de Europa, pudiendo decir con razón á Luis XVIII: «Señor, esta vez se ha roto para siempre la coalición.» Pero no contaba con las faltas de los Borbones y la ambición del desterrado de la isla de Elba (1).

Así que llegó Napoleón á su pequeño reino, organizó los medios de defensa de que podía disponer y procuró, en cuanto pudo, con

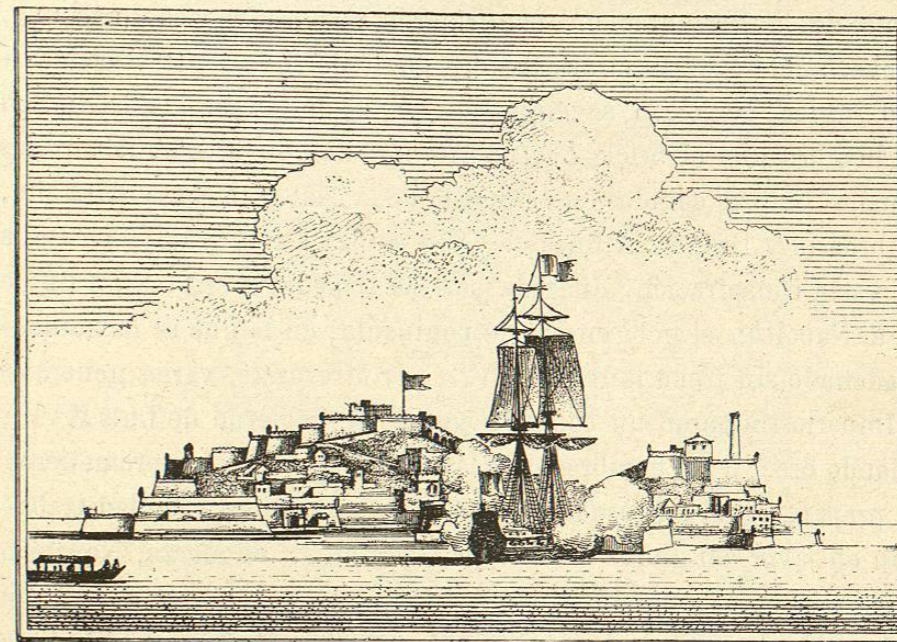
(1) Marcelino Pelet, *Napoleón en la isla de Elba*. *Revista azul*, 4 de Septiembre de 1886. — A. Gagnière, *Napoleón en la isla de Elba*. *Nouvelle Revue*, 15 de Julio de 1888. — Documentos publicados en la *Century magazine*, 1889. — Campbell, *Napoleón en Elba*.

ayuda de Bertrand y de Drouot, por el bienestar de sus habitantes. El general barón de Vincent, director de las fortificaciones de la isla, nos ha dejado curiosas notas sobre la llegada y los primeros días de la estancia del Emperador (1). Napoleón desembarcó en la tarde del 4 de Mayo de 1814, echándose á vuelo las campanas y saludándole las salvas de artillería. A las cinco de la mañana del día siguiente montó á caballo y visitó las fortalezas, eligiendo su habitación en el pabellón de ingenieros, en donde estaba alojado el general Vincent. El día 6 visitó las minas de hierro. «Prueba todo esto,—agrega el autor de estas notas,— que el Emperador no puede prescindir de ejercicios violentos y que cree que los demás hombres y todas las cosas están hechas para moverse continuamente; *su gusto es traer y llevar á todo el mundo.*» El 7 de Mayo, en una visita comenzada también á las cinco de la mañana, el Emperador visitó todos los edificios del interior, haciendo algunas indicaciones sobre su uso y su valor, y diciendo *que había observado que muchas veces sus paseos matinales le producían un millón de ganancia.*

Entonces comenzaron aquellas largas conversaciones que más adelante, en Santa Elena, debían constituir el único consuelo de las tristes veladas del destierro. El resto del día lo empleaba en el gobierno de su pequeño Estado; ordenó la construcción de caminos, de muelles, almacenes y fortificaciones, concluyó un tratado de comercio con Liorna, negoció otro con Génova; aumentó el batallón de 600 granaderos y cazadores que le concedió el tratado de Viena, aproximadamente, con 100 hombres de caballería, 20 marinos, 60 polacos, tres compañías de tiradores corsos, de cien hombres cada una, y creó una pequeña marina. Hizo ocupar en las cercanías de la isla de Elba un islote de rocas abandonado, que servía de guarida á los berberiscos,

(1) *Memorial de la isla de Elba*, en las *Memorias para todos*, tomo III (1835), páginas 155 á 206. Los compañeros de Napoleón parecía que se habían resignado con facilidad á su destierro. Drouot, en 28 de Junio de 1814, escribió al coronel de artillería Marin Dubuard una carta que tenemos presente, en la que dice: «Estamos aquí muy bien y me gusta mucho. La isla de Elba es sumamente agradable, sus habitantes son buenos, pacíficos y quieren á los franceses. Porto-Ferraio es sin disputa el punto de guarnición que me ha gustado más.» En 16 de Octubre decía todavía: «Estoy cada día mejor en la isla, y sería el más dichoso de los hombres si no estuviese alejado de mis antiguos y buenos compañeros.»

los cuales eran aún entonces el terror del Mediterráneo. Preguntados algunos de estos terribles piratas si respetarían los Estados y los barcos del nuevo soberano, respondieron: «Nosotros no hacemos la guerra á Dios.» Su madre y su hermana Paulina se reunieron con él. Extrañábase de que no se le uniese María Luisa, pero se equivocaba respecto á ella; y pronto supo por las noticias del capitán Harault, á quien había encargado fuese á buscarla, y por las cartas de Meneval,



Vista de Porto-Ferraio. (Copia de un grabado de la época)

que se había casado ya con el conde de Neipperg. *Dejecta conjuge tanto!* ¡El propio Metternich había facilitado esta solución, que tanto simplificaba las cosas!

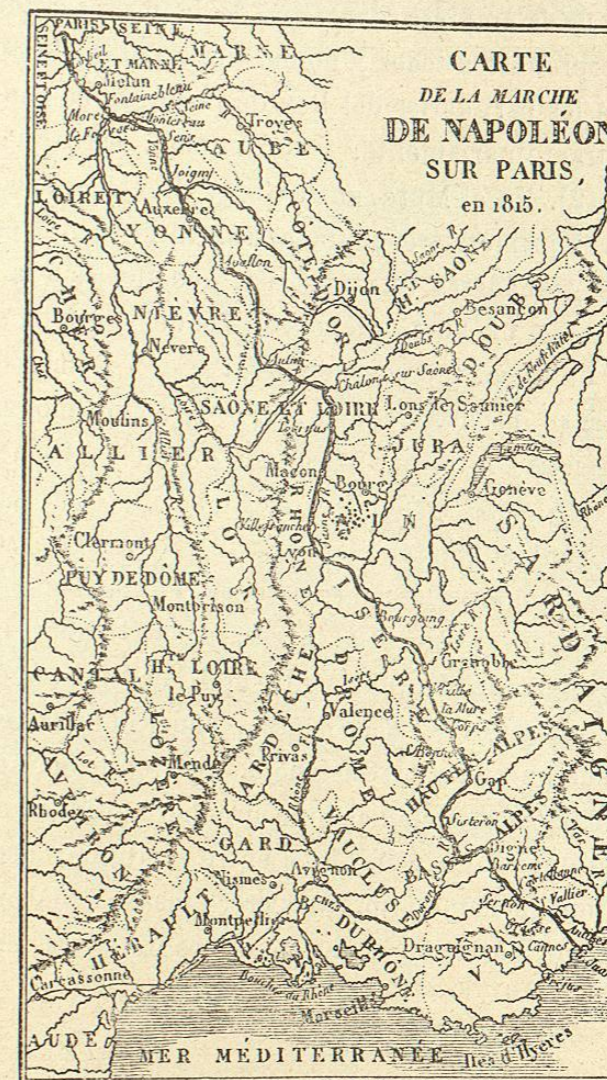
Napoleón seguía atentamente la marcha de los sucesos en Europa. Comprendía la impopularidad creciente de los Borbones, y durante los primeros meses de 1815 esperó su pronta caída, que preveía, temiendo únicamente que la revolución no se hiciese en favor suyo. El Congreso de Viena parecía que iba á terminar sus tareas de un momento á otro. Talleyrand, á pesar de la intervención del Czar y de lord Castlereagh, se negaba á pagar al desterrado de la isla de Elba la pensión que se había estipulado en los tratados, y por otra parte,

podían dar resultado los complots que incesantemente se tramaban contra la libertad y la existencia del Emperador, por lo que Napoleón se decidió á tomar la delantera á sus enemigos (1). Los preparativos de su evasión se llevaron á cabo con gran sigilo; habían ya empezado cuando recibió en secreto á Fleury de Chaboulón, antiguo auditor del consejo de Estado y subprefecto de Reims, que se había distinguido por su valor extraordinario en la campaña de 1814. Las indicaciones que le hizo Fleury respecto á los sentimientos que inspiraba el gobierno de la Restauración, confirmaron sus esperanzas de triunfo. Aprovechándose de la circunstancia de hallarse ausente el comisionado inglés, Napoleón se embarcó, en 26 de Febrero de 1815, con 900 hombres, en el brick *El Inconstante*, al que acompañaban tres pequeños buques cogidos en el puerto de la isla; iban con él Bertrand, Cambonne y Drouot. A fines de 1814 se había fraguado ya en Italia una vasta conspiración, dirigida por las sociedades secretas, á fin de dar á Napoleón el gobierno de la península, en la que se había desencadenado sin freno la reacción (2); por otra parte, varios generales del Imperio tramaron un complot contra el gobierno de Luis XVIII, haciendo creer á los hombres de acción que en él se comprometieron que preparaban el regreso del Emperador, cuando en realidad trabajaban en favor del duque de Orleans. Pero en 1.º de Marzo, Napoleón desembarcó en el golfo Juan, cerca de Cannes, y al encontrarse en el camino con el príncipe de Mónaco se cruzaron estas frases: «¿Adónde vais? — A mi casa. — ¡Yo también!»

(1) Estos complots, que relatan las memorias de Rovigo, están confirmados en la obra de H. Houssaye sobre 1815. En Roma, unos frailes fanáticos se dispusieron á dirigirse á la isla para matar á puñaladas á Napoleón. En 12 de Junio, un oficial francés, el coronel C. de B., escribió á Tolón, al conde de Artois, proponiéndole el asesinato de Bonaparte por unos gendarmes de la isla de Elba, con los cuales estaba en tratos.

(2) Napoleón ha consignado en el *Memorial de Santa Elena* que, á su regreso de la isla de Elba, los españoles, que habían sido los que con más energía se habían opuesto á la invasión, se dirigieron inmediatamente á él diciéndole que, así como le habían combatido como tirano, iban ahora á pedir su auxilio como libertador contra el odioso gobierno de Fernando. El nuevo rey de España había dado en poco tiempo muestras de su carácter mezquino é informal; persiguió entre otros al ilustre Mina, y aun á riesgo de suscitar las mayores dificultades, le hizo arrestar en territorio francés, en el que se había refugiado, por el cónsul de España en Bayona, á pesar de la indignación de Luis XVIII, que logró poner en libertad al detenido. Lo que Napoleón dice respecto al modo de pensar de los españoles lo confirman las palabras que algunos años después dirigió el mismo Mina á Jerónimo Bonaparte (véase *Napoleón y sus detractores*, por el príncipe Napoleón, página 217).

Entonces empezó la marcha hacia París, que constituye uno de los hechos de armas más felices de la carrera de Napoleón. El jefe militar de Antibes no secundó sus indicaciones y en su vista empen-



Mapa indicador de la marcha de Napoleón sobre París en 1815

dió la marcha inmediatamente, evitando la parte llana, cuyos habitantes, contrarios desde un principio á la Revolución, le hubieran seguramente opuesto resistencia. El alcalde de uno de los primeros pueblecillos que encontró á su paso, le dijo: «¡Empezábamos á estar